

patria. Y creo, sinceramente, más llevadera la vida con el goce espiritual e inagotable del entusiasmo quijotesco que con los carnales deleites del pancismo.

Y concluyo. Un rasgo de la historia de Acevedo pinta su carácter. Pudo obtener una cátedra en la Habana con sólo cambiar de nacionalidad, a raíz de la guerra que determinó la pérdida de nuestras Antillas. Optó por continuar español, y a la Península vino, no parándose ante la probabilidad (realizada) de que en su patria conseguiría, a lo sumo, un puesto hartó desproporcionado a su valer, si no a sus méritos oficiales.

Descanse en paz nuestro inolvidable amigo. En este Ateneo perdurará su memoria, como flota en la humanidad el espíritu de sus bienhechores.



La obra educadora del Sr. Acevedo

Discurso por don LORENZO LAFUENTE VANRELL

DESPUÉS de la magistral semblanza íntima de nuestro inolvidable amigo don José P. de Acevedo que acaba de leer el señor Ballester, siento empequeñecido mi ánimo al tener que acometer la empresa, evidentemente superior a mis aptitudes—soy el primero en reconocerlo—de reseñar, aunque sea superficialmente, el aspecto público y social de la obra fecunda del señor Acevedo durante sus pocos años de residencia entre nosotros.

Sólo la convicción de que cumplo un deber rindiendo homenaje de afecto a la memoria de tan buen amigo, excusa ante mí mismo mi intervención en este acto, para la cual invoco vuestra indulgencia en gracia al propósito que me guía.

Partiré de aquella época en que, como ha dicho el señor Ballester, tuvo el señor Acevedo el acierto de congregar a cuantos, sintiendo en nuestra inteligencia y en nuestra alma aspiraciones a

fomentar la cultura local, vivíamos aislados, desconociéndonos mutuamente, sin el calor de la amistad, sin el estímulo de la convivencia, sin el multiplicador energético de la colaboración y del ideal común.

Era el año 1903 cuando el señor Acevedo, que había intimado con el señor Ballester y con él se dolía del indiferente aislamiento en que yacían los que llamaré, aunque la palabra no me gusta, *intelectuales* de la ciudad, convocó por medio de la prensa a las personas de buena voluntad que quisieran ayudar a la fundación de la Extensión Universitaria que, nacida en el Noroeste de España, se extendía por la Península como una nueva reconquista: la de las inteligencias en barbecho que necesitaban las previas labores para una sementera de ideas y de enseñanzas.

Acudí a la convocatoria en calidad de curioso y de aquel momento data mi amistad con el señor Acevedo y mi admiración siempre creciente hacia aquel entusiasta, hacia aquel optimista, como ha dicho el señor Ballester, que a todos comunicaba el fuego de sus sentimientos generosos con la persuasión de su palabra cálida.

Es lo cierto que a mí, que nunca había soñado hablar en público ni aun leer los escritos de mi sarampión literario, me trató paternalmente con su característica benevolencia, me convenció para que participase en la Extensión Universitaria y me llevó a la tribuna, después del discurso inaugural que pronunció con su elocuencia y erudición peculiares, para que, como el más joven de los afiliados, rompiese la marcha en aquel curso de veinte y una conferencias que fué el punto de partida de una labor intelectual que no ha cesado.

El señor Acevedo, secretario y alma de la Junta local de la Extensión Universitaria, hizo con muchos lo que conmigo, despertó entusiasmos, acicateó voluntades, reunió prosélitos y consiguió que su institución predilecta floreciese de tal modo que hizo concebir lisonjeras esperanzas.

A quien tan acertadamente había inaugurado el curso y contribuido además a él con una notable conferencia acerca de *El progreso*, correspondía según voto unánime resumirlo. Aquel resumen,

modelo en su género, que tuvo la satisfacción de taquigrafiar, fué impreso (1); en sus hermosos párrafos, repletos de la universalidad de su cultura y de la nobleza de su alma, nos legó una de las más bellas muestras de su oratoria fogosa, en la que, tal era su arte, hasta su voz un poco áspera, su vozarrón, como él decía, adquiriría desde las más vibrantes a las más dulces tonalidades, para emitir todos los variados matices de sus sentimientos.

Durante algunos años, mientras la Extensión Universitaria tuvo alientos para subsistir en su primitiva forma de conferencias públicas y en su segunda fase de clases gratuitas nocturnas que se daban en las aulas del Instituto General y Técnico, fué siempre el señor Acevedo conferenciante o profesor, sin que en las crudas noches del invierno le arredrase cruzar por entero la ciudad, desde su domicilio a aquel Centro de enseñanza, no obstante hallarse ya sufriendo los principios de la dolencia que apagó su espíritu privilegiado. Las solemnes sesiones de apertura de curso que celebrábamos en el salón de sesiones del Ayuntamiento, tuvieron siempre el aliciente de la palabra del señor Acevedo, que en toda ocasión estaba dispuesto a comunicar a sus semejantes el fruto de sus lecturas y de sus meditaciones.

Cuando aquella convivencia de elementos intelectuales hizo necesaria la estabilización de nuestras relaciones y el señor Ballester tuvo la iniciativa de darles permanencia en un centro propio, en una palabra, cuando nació el Ateneo, el señor Acevedo, que había sido Secretario del de Madrid, no sólo fué uno de los más entusiastas fundadores, sino que con su experiencia, con su asombroso conocimiento de revistas y de libros, fué un valioso guía para la organización del salón de lectura, de la biblioteca y de las secciones.

Sus conferencias, sus prólogos y resúmenes en veladas literarias, toda su copiosa labor en esta casa, recogida en parte en los tomos de nuestra REVISTA, tenía el doble valor de la ciencia del fondo y de la belleza y la amenidad de la forma.

(1) Extensión Universitaria.—Resumen de las conferencias explicadas en el curso de 1903 a 1904.—Discurso pronunciado en la noche del 18 de Junio.—Mahón, Imprenta de F. Fábregues a cargo de M. Ribé, 1904.—8.º, 50 páginas.

Recordad los que le oísteis sus conferencias acerca de *El Modernismo*, en 1906, las que dió en 1908 sobre *Instituciones sociales convenientes a Menorca*, aquel inolvidable discurso pronunciado en la velada que celebró el Ateneo en honor de la obra poética de Gabriel y Galán y las conferencias que con los temas *El feminismo* y *La educación de la mujer* dió en 1909, el discurso inaugural de nuestro curso académico de 1910 a 1911 en que desarrolló el interesante tema *El analfabetismo en Menorca*, sus dos conferencias sobre *Las Cortes de Cádiz* en 1911 y aquel precioso discurso resumen en la celebración de la *Fiesta de la Raza* en 1916.

Las notas bibliográficas que publicó en la REVISTA DE MENORCA son testimonio de su abundante lectura; sus artículos prueban la variedad de sus aptitudes intelectuales; su trabajo en nuestra biblioteca requería una paciencia y asiduidad benedictinas.

Pero todo esto y el constante ejercicio de la cátedra no bastaban a satisfacer su ansia insaciable de apostolado social y pedagógico. Su espíritu inquieto buscaba siempre nuevas formas de acción: le vimos apoyar al doctor Pons Marqués en la fundación del Dispensario Antituberculoso; promover la fundación de un Ateneo Popular y prestar en sus cátedras, en su tribuna y en su rumbo todos los servicios de su saber y de sus consejos; cooperar a la fundación y gobierno de la Gota de Leche con el doctor Alabern y poner un prólogo a su historial publicado por el señor Hernández Sanz en 1910; auxiliar al señor Roca de Togores en la creación de las Guarderías de Párvulos; excitar a nuestro Ayuntamiento para que emprendiese el estudio (por desdicha abandonado) de la construcción de locales para escuelas graduadas; colaborar en la empresa educativa del Ateneo de Villa-Carlos, a cuyas veladas recuerdo haber tenido el gusto de acompañarle algunas veces, y explicar aquí una cátedra de *Historia de la Civilización*, especial para señoras y señoritas, otra de *Geografía comercial* en la Cámara de Comercio y otras de enseñanzas varias en la Casa del Pueblo, sin dejar de leer cuanto entraba en nuestro salón de lectura y en nuestra biblioteca, con aquella voraz afición y aquella asimilación rapidísima que tan acertadamente ha descrito el señor Ballester. Forzosamente el

espíritu generoso del señor Acevedo, que media la posibilidad de las obras de acción social por su noble afán de implantarlas y perfeccionar con ellas el mecanismo de la organización presente, había de imprimir su huella, el trazo piadoso de su altruismo, en todas las instituciones en que tuviese intervención. Si muchos corazones hubiesen latido al compás del suyo y los recursos materiales hubiesen acompañado la espléndida floración de sus ideales artísticos, sociales y pedagógicos, muy pronto esta ciudad hubiera alcanzado aquel supremo grado de cultura y organización que hoy sólo concebimos como un bello sueño de nuestra fantasía meridional.

Aquel hombre enfermo, demacrado, a quien en su última época veíamos hundido en un sillón de nuestra tertulia, siempre con un libro, una revista, un folleto o un periódico ante los cansados y tenaces ojos; aquel hombre, al parecer inválido del eterno combate de la vida, era un laboratorio de ideas y de sentimientos, era un cerebro poderoso que con sus idealismos de poesía y su caudal de conocimientos variados, impulsaba, impulsaba cuanto veía en torno suyo con aquel clarividente optimismo con que en el prólogo del *Persiles, puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte*, cerraba el gran Cervantes su inmensa obra con el broche del humorismo sano y reconfortante que sabe que la extinción de la vida es la ley indispensable de la renovación.

¡Pobre humanidad si no tuviese idealistas esforzados que desgarran con los aguzados hierros de sus lanzas audaces los negros velos del pesimismo y de la realidad abrumadora, para que por los desgarrones entre a raudales la dorada luz que vivifica!

El señor Acevedo poseyó la *ciencia y el sentimiento* de la pedagogía en tan alto grado que, después de enseñar a los jóvenes para que supiesen ser hombres, enseñaba a los hombres para que supiesen ser ciudadanos y a las jóvenes para que supiesen ser mujeres y a las mujeres para que supiesen ser madres. Y a todos nos enseñó el amor a la ciudad en que nacimos, a la Patria en que ciframos nuestros ideales y a la pobre humanidad que ha de buscar sus días de sosiego y felicidad en el forcejeo de sangrientas y dolorosas contiendas. Sobre todo, nos enseñó a no escatimar el es

fuerzo de nuestra inteligencia para redimirnos de las fatalidades naturales y a elevar el espíritu para que de nuestro paso por la tierra quede una triple estela de amor, de luz y de paz.



Discurso del Presidente DON ANTONIO VICTORY

SEÑORAS Y SEÑORES:

ANTES de dar por terminado este acto, he de decir cuatro palabras, para justificar su celebración.

A raíz de la muerte del señor Acevedo acordó la Junta Directiva del Ateneo hacer constar en acta su sentimiento por la pérdida del distinguido compañero, socio fundador y de mérito, a quien quizás más que a nadie se debe la creación de este centro, como también los acuerdos de colocar su retrato en la Biblioteca o en el salón de lectura, ya que había desempeñado el cargo de bibliotecario durante doce años casi constantemente, y celebrar una solemne sesión dedicada a su memoria. Con el acto de hoy hemos cumplido todos los acuerdos.

Hemos dicho que quizás sea Acevedo a quien, más que a nadie, se deba la fundación del Ateneo; en efecto, diferentes veces le oí decir que desde su llegada a esta ciudad había echado de menos la existencia de un centro como éste; y poco aficionado a pasar el rato en casinos y cafés, no cejó en su propaganda hasta verlo creado. Desde entonces puede decirse que pasaba aquí la mitad de su vida. A él se deben los primeros trabajos de organización de la Biblioteca; el catálogo general que formó en papeletas, ha servido de fundamento a los sucesivos y aun hoy es la base principal de aquella importante dependencia del Ateneo. Y cuando en sus últimos años, minada ya su existencia por cruel enfermedad, no podía tenerse de pie en la Biblioteca, al sitio que invariablemente ocupaba todos los días, en esa sala inmediata, le llevábamos las obras de nuevo ingreso para catalogarlas. Allí acudíamos también a consultarle sobre cualquier asunto que deseásemos averiguar de cualquier

rama del saber humano, con la seguridad de que había de darnos la solución o indicarnos el camino seguro para hallarla.

La celebración de este acto, aparte del recuerdo que representa y que en justicia debía el Ateneo tributar a Acevedo, a mí ha de complacerme forzosamente, porque aunque disentíamos en algunos ideales, coincidimos constantemente en todo cuanto aquí se ha dicho, se ha proyectado y se ha hecho por la cultura y por las instituciones sociales convenientes a Menorca. Sus ideas sobre libertad económica, sobre la cooperación, la unión de todas las clases sociales y el apoyo a las aludidas instituciones, son las mismas que yo vengo predicando, no con la elocuencia ni en el brillante estilo de Acevedo, pero sí con igual fe y convicción, en mis pobres trabajos en esta tribuna y en la prensa.

Aquí le hemos oído las siguientes frases, tomadas de un ilustre economista: «La libre y consciente asociación de los hombres por medio de la cooperación, es capaz de resolver todos los problemas que se imponen al individuo aislado como barrera para su bienestar. La cooperación sirve no sólo a los obreros, sino a todas las clases, y al tratarse capitalistas y trabajadores, en relación de igualdad dentro de la sociedad cooperativa, comprenden su mutua necesidad para la acción económica, se zanján diferencias y se desvanecen prejuicios, considerándose como socios y compañeros.»

Yo quisiera que estas palabras quedaran grabadas en la mente de todos y las fuéramos difundiendo en las diferentes clases sociales; porque el mejor tributo que podemos rendir a la memoria de Acevedo, es seguir sus consejos en estos asuntos, cuya finalidad es el mejoramiento del bienestar general. Haciéndolo así, nos evitaríamos muchas dificultades a que son propensos los actuales tiempos. Por no haberlos practicado con constancia, hemos visto, con pena, desaparecer alguna de aquellas instituciones que con tanto cariño habíamos fundado; y estamos presenciando como otras languidecen y llevan una vida raquílica, que les impide dar el fruto que debieran.

Si alguna vez en nuestras conversaciones me mostraba yo desanimado, me sentía pesimista o me lamentaba de que no obtuvié-

ramos todo el resultado práctico que deseara de las instituciones que habíamos fundado, él me animaba siempre, y respecto al Ateneo me decía: «fomente usted la biblioteca y no tema por el Ateneo». Y en efecto, siguiendo sus consejos, ha llegado a ser nuestra biblioteca, por su importancia, la segunda de la Isla probablemente, y nuestro salón de lectura, indiscutiblemente el primero; y ellos son la base, el más firme sostén de esta institución.

Me propongo que la noticia de la celebración de este acto llegue a conocimiento de los hijos de Acevedo, y, en la seguridad de que ha de servirles de grato consuelo y les ha de complacer el recuerdo que tributamos a la memoria de su padre, doy las gracias en su nombre, y también en el del Ateneo que lo ha organizado, a todos los que con su presencia han contribuido a su mayor solemnidad, en particular a las representaciones de nuestro primer centro docente, el Instituto General y Técnico, del profesorado, corporaciones oficiales, ateneos, prensa y muy especialmente a los señores Ballester y Lafuente, que han sabido presentarnos fidelísimamente la personalidad de Acevedo y su obra cultural, y han cumplido de modo tan brillante el encargo que les confirió la Junta Directiva.

He dicho.

Bibliografía

Las metamorfosis de un erudito.—Novela ejemplar compuesta por **Angel Ruiz Pablo.**—Colección selecta internacional. Editada por Gustavo Gili, en Barcelona, 1918.

Con el mayor gusto hemos leído esta novela que el autor titula ejemplar y en verdad lo es por la alteza de los sentimientos que inspiran al protagonista de la obra, tipo pintado de mano maestra, quien por las andanzas de su vida justifica el título puesto al libro.

Juan Maza, boticario de Villañeja, es más aficionado que a la farmacopea, al estudio de los clásicos, al de las ciencias naturales y a la reconstitución de la historia de su ciudad natal. En la abstracción de sus estudios se forma su personalidad, que a los cuarenta y pico, desconoce por completo lo que es el mundo, moviéndose en el ambiente de Horacio y Tácito, respirando una atmósfera llena del polvo de los legajos archivados en las más antiguas casas de la